

CAPITULO VIII.

Diez y siete años despues.

Era una mañana de verano, cuando en la calle de Federico en Berlin, que ya en aquella época se extendia en línea recta desde la puerta de Halle hasta la de Oranienburg, distancia de casi una legua se veia pasear á un hombrecito flaco, vestido con una levita muy usada, pantalones manchados y un fieltro muy viejo que cubria su cabeza, adornada con escasos mechones de pelos canos. Sin embargo de esto, no era este hombre tan viejo como parecia; pero observando mas de cerca sus ojos vivos, su nariz algo cobriza y el conjunto de sus interesantes facciones, pronto se debia conocer que el

buen amigo debia haber pasado una juventud muy borrascosa, y en los últimos decenios de su vida haber sacrificado demasiadas libaciones al dios Baco.

Este hombre, llamado Pottgiesser, se dirigia aquella mañana con un paquete de papeles debajo del brazo, á una hermosa casa situada en la misma calle de Federico. Su ocupacion consistia en sacar copias de manuscritos para algunos poetas y literatos. Antes se habia dedicado á las artes, pues en una época fué pintor, despues poeta; pero ni sus cuadros ni sus poemas encontraron salida; mas tarde se dedicó al teatro; pero tampoco en el arte de Thalia adquirió grandes laureles, hasta que al fin llegó á ser copiadore de manuscritos de lo que se mantenía entónces. Por lo demás era Pottgiesser un hombre de buen corazon y de mucha experiencia; pero á pesar de esta experiencia, solia entusiasmarse todavía por lo bello. En aquel momento deseaba sombra, fresco, algo de reposo y el pago de sus honorarios..... porque el calor era insoportable y causaba mucha sed.

Al fin llegó á la casa donde tenia que dejar la copia de un manuscrito. Subió la escalera y se detuvo delante de una puerta en que estaba fijada una placa de laton con el nombre: *Adalberto de Chamisso*. Allí tiró del cordon de la campanilla; poco despues le abrieron y penetró dentro de la casa.

El que le habia abierto era una especie de criado; un hombre reposado de tez morena. Sus vestidos eran sen-

ellos, pero muy aseados, y en su aposento reinaban el orden y la limpieza.

—Buenos dias, Sr. Pottgiesser, dijo el hombre.

—Buenos dias, Sr. Schirmer, contestó aquel. ¿Está en casa el Sr. de Chamisso?

Schirmer que parecia no ser hombre de muchas palabras, movió la cabeza negativamente.

—¡Qué lástima! exclamó Pottgiesser, vengo precisamente para entregar el manuscrito y.....

—Entrad, pues, contestó Schirmer, y en el metal de su voz habia algo que indicaba un buen corazón.

Ambos entraron al estudio del Sr. de Chamisso. En las paredes estaban colocados varios estantes llenos de libros, lo mismo que dos mesas cubiertas de papeles y tambien de libros; en lo demás habia orden y limpieza.

—¿Estais cansado, Sr. Pottgiesser? preguntó el doméstico. Sentaos y descansad un poco; el largo camino y el excesivo calor os habrán molestado mucho.

—¡En efecto! Ya no soy tan jóven.

—¿Y vuestro trabajo?

Pottgiesser entregó los papeles á Schirmer, quien le pagó la suma preparada ya de antemano.

—¿Y no hay mas qué copiar? preguntó Pottgiesser.

—Mi amo ha dejado aquí algo que creo que no será necesario que lo lleveis á vuestra casa.

—¿Y qué es?

—Son dos poemas que ha compuesto hoy por la mañana. Acaso podreis copiarlos aquí mismo.

—¿Por qué no? dijo Pottgiesser. Dádmelos.

Schirmer le dió los poemas y dos hojas de papel en blanco.

—Pero ántes es necesario leerlos, dijo Pottgiesser con ojos chispeantes. El Sr. de Chamisso es todo un poeta..... esto lo entiendo perfectamente, porque yo mismo he hecho versos, y soy un entusiasta admirador de las bellas artes y de la poesía.

—¡Leed, pues! dijo Schirmer sonriéndose.

Pottgiesser leyó lo siguiente:

Der Invalide im Irrenhaus.

Leipzig, Leipzig! arger Boden,
Schmach für Unbill schafftest du.
"Freiheit!"—hiess es—"vorwärts, vorwärts!"
Trankst mein rothes Blut, wozu?

"Freiheit!"—rief ich—"vorwärts, vorwärts!..."
Was ein Thor nicht alles glaubt!
Und von schwerem Säbelstreiche
Ward gespalten mir das Haupt.

Und ich lag und abwärts wälzte
Unheilschwanger sich die Schlacht;
Ueber mich und über Leichen
Sank die kalte finst're Nacht;

Aufgewacht zu grausen Schmerzen
 Brennt die Wunde mehr und mehr,
 Und ich liege hier gebunden,
 Grimmige Wächter um mich her.

Schrei' ich nach *versprochener Freiheit,*
Nach dem bluterkauften Glück,
 Peitscht der Wächter mit der Peitsche
 Mich in schändliche Ruh zurück.

EL INVALIDO EN LA CASA DE DEMENTES.

«¡Leipzig! ¡Leipzig! suelo malhadado, donde los agravios se convierten en ignominia. «¡Libertad!» se decía. «¡Adelante! ¡Adelante!» Bebiste mi roja sangre, ¿y para qué?

—«¡Libertad! exclamé, ¡adelante! ¡adelante! ¡Cuántas cosas no cree un necio! Y con un fuerte sablazo partieron mi cabeza.

«Tendido en el campo, siguió la batalla con todos sus horrores. Sobre mí y sobre muchos cadáveres, descendió la fría y negra noche.

«Despertado por crueles dolores, arde la herida mas y mas. Y yo estoy aquí postrado, con ligaduras, y rodeado de enfermeros inflexibles.

«Si grito por la *libertad perdida, por la felicidad comprada con sangre,* me castiga el enfermero con el látigo, recomendándome el vil reposo.»

—¡Qué idea tan singular! dijo Pottgiesser, despues

de haber acabado de leer. Se estremece uno y sin embargo cautiva esta composicion.

—Es la amargura, dijo Schirmer con tristeza, que se ha apoderado de todo su sér. El Sr. de Chamisso es un hombre de excelente corazon, pero esto es justamente un defecto; es demasiado bueno para el mundo y sus sentimientos son tambien demasiado profundos.

—Este poema encierra una gran verdad, dijo Pottgiesser despues de haberle vuelto á leer. Y me parece que es demasiado duro. Me acuerdo muy bien de lo que se ha prometido á los pueblos, antes de la batalla de Leipzig, principalmente por parte de la Prusia..... ¿Y que se ha cumplido?..... ¡y las esperanzas!..... En aquel tiempo era yo cómico y representaba en los espectáculos que se dieron para celebrar la victoria.... ¿Y ahora?..... ¡Qué verdad tan amarga encierra el último versol

—Quisiera que el señor de Chamisso no hubiera escrito este poema, dijo Schirmer.

—¿Pero qué es lo que produce en vuestro amo un humor tan sombrío y melancólico? preguntó Pottgiesser.

—¿No habeis leído su prodigiosa novela humorística *Peter Schlemihl?* preguntó Schirmer.

—¿Quién es el que no la ha leído? contestó Pottgiesser; cuando salió á luz en 1814 en Nuremberg, estuve empleado en el teatro de allí..... ¡Gran Dios!..... ningun libro fué leído con tanto gusto como este.

—Entónces conoceréis su argumento.

—¡Sí! el *Schlemihl* es despreciado del mundo, por haber perdido su sombra. Yo también tengo algo de *Schlemihl*.

—Pero el verdadero sentido no le habeis comprendido.

—¿Por qué?

—Yo tampoco lo sé de mí mismo, pero oí hablar sobre esto el otro día al señor Alejandro de Humboldt, y él decía.....

—¿Qué decía el señor de Humboldt, exclamó Pottgiesser ansiosamente.

—El *Schlemihl* es despreciado del mundo, decía, por haber perdido su sombra, y ahora encuentra su felicidad solo en la vida espiritual. Esta es justamente la propia vida y la pesadumbre de nuestro buen Chamisso: La sombra es la patria, sin la cual cada uno pierda la raíz y el suelo firme, y en todas partes queda extranjero y sin hogar, sin reposo, sin sosiego y nadie le comprende. Todo esto dijo el señor de Humboldt al señor Varnhagen en mi presencia, cuando no encontraron aquí al señor de Chamisso.

—Muy bien puede ser, contestó Pottgiesser, dándose importancia; nosotros los poetas somos hombres muy originales.

Schirmer se sonrió, pero era demasiado bueno para decir algo ofensivo á Pottgiesser, que había tomado la segunda hoja, en la cual había escrito Chamisso aquella mañana otro poema.

—Leeremos también esta composición, dijo, acaso sea más alegre.

—Difícilmente, opinó Schirmer. El amo está, hace algunos días, muy sério y melancólico.

Pottgiesser se puso á leer:

Nächtliche Fahrt.

In Purpur pranget der Abend
Der Landwind hebet schon an;
Zur Lustfahrt ladet der Fischer
Dich, Mädchen, in seinen Kahn.

“Noch heisser begehrt ich selbender
Mit Dir zu fahren, als Du.
Gib voll das Segel dem Winde,
Es kommt zu steuern mir zu!”

“Du steuerst zu kühn, o Mädchen,
Hinaus in das offene Meer;
Du trauest dem leichten Fahrzeug.
Bei hohen Wellen zu sehr.”

“Misstrauen sollt' ich dem Fahrzeug?
Ich habe dazu nicht Grund,
Die einst ich Deiner Treue
Getraut in böser Stund!.....”

“Unsinnige, wende das Ruder!
Du bringst uns beide in Noth;
Schon treiben der Wind und die Wellen
Ihr Spiel mit dem schwachen Boot.”

„Lass treiben den Wind und die Wellen.
Mit diesen Brettern ihr Spiel;
Hinweg mit Ruder und Segel,
Hinweg ich bin am Ziel.“

„Wie Du mich einst, so hab ich
Dich heut' zu verderben bertückt;
Mach' Friede mit dem Himmel,
Denn siehe, der Dolch ist gezückt.“

„Du zitterst, verworfner Betrüger,
Vor dieses Messers Schein?
Verrathene Treue schneidet
Noch schärfer in's Herz hinein.“

„Und manche betrogene Buhle
Härmt stille zu Tode sich:
Ich weiss nur, mich rächend, zu sterben,
Weh! über Dich und mich!“

Der Jüngling rang die Hände,
Der eigenen Schuld bewusst;
Sie stiess den Dolch in das Herz ihm,
Und dann..... in die eigene Brust.

Es trieb ein Wrack an das Ufer
Bei wiederkehrender Fluth,
Es lagen darauf zwei Leichen,
Gebadet in ihrem Blut.—“

PASEO NOCTURNO.

«Purpurina brilla la tarde. Ya comienza la brisa;
para dar un paseo en su barquilla, niña, te convida el
pescador.

—«Mas ardientemente que tú, deseo navegar en tu
compañía. Dá toda la vela al viento, y á mí me cor-
responde gobernar la barquilla.

—«Demasiado audazmente diriges ¡oh niña! á alta
mar la barquilla, y confías mucho en la débil barca con
estas oleadas tan fuertes.

—«¿He de desconfiar de la barquilla? No tengo
motivo para ello. Yo que un dia he confiado en mala
hora en tu fidelidad.

—«¡Insensata, dá vuelta al timon! A ambos nos ex-
pones demasiado. Ya el viento y las olas juegan con
la frágil barquilla!

—«Deja jugar con estas tablas al viento y las olas.
¡Fuera timon y vela! ¡fuera! he logrado mi objeto.

—«Así como me engañaste un dia, así he procurado
engañarte hoy. Has las paces con el cielo, pues ve, el
puñal está preparado.

—«¿Tiemblas, impostor villano, ante el brillo de este
cuchillo? La fidelidad traicionada despedaza con mas
fuerza el corazon!

—«Y muchas niñas engañadas, mueren de pesar en el
silencio. Solo yo sé morir vengándome. ¡Ay de tí y
de mí!

El jóven levanta las manos en ademan suplicante,
conociendo su propia culpa. Ella le sepultó el puñal
en el pecho, y luego..... lo hundió en el suyo!

Unas tablas llegaron á la playa al volver el reflujo;

en ellas estaban tendidos dos cadáveres nadando en su propia sangre!»

—¡Muy bonito! ¡Muy bonito! exclamó Pottgiesser despues de haber acabado de leer, y en sus facciones enrojadas ántes de tiempo, se notó algo como entusiasmo juvenil.

Este hombre debia haber tenido alguna vez verdadero entusiasmo por la poesía. Schirmer se rascó la oreja, despues dijo con aire triste:

—Vendrán malos dias para el amo. Composiciones de esta clase son siempre los precursores de tiempos de hipocondría.

Repentinamente se golpeó Schirmer la frente exclamando:

—¡Oh! ¡cómo he pedido olvidarlo? ¿No es hoy el 1º de Julio?

—Efectivamente, contestó el copiator de manuscritos. Creo que el calor lo demuestra.

—Entónces es muy natural el humor sombrío y taciturno de mi amo.

—¿Y qué tiene esto que hacer con el 1º de Julio?

—No lo sé á fondo; pero os contaré lo que sepa, porque veo que os interesais por mi buen amo.

—Ciertamente, tengo un interes sincero. Con frecuencia me ha auxiliado cuando he estado enfermo y sin poder trabajar, aunque sabe muy bien..... que soy un perdido. Pero contadme lo que sabeis.

—Hace hoy diez y siete años, (yo servia entónces en la casa de Madama de Staël en Chaumont), cuando llegó el Sr. de Chamisso de Paris, es decir, le llevaron casi moribundo los Sres. Alejandro de Humboldt y Varnhagen á Chaumont, en donde debia recobrar su salud, despues de una penosa enfermedad. Madama de Staël me destinó á mí para que le cuidara, y habiendo cumplido fielmente con mis deberes, se acostumbró el Sr. de Chamisso á mis servicios, de tal manera, que me conservó á su lado despues de haber recobrado su salud, cuando se retiró de Chaumont.

—De manera que hace diez y siete años que estais á su servicio.

—Desde 1810 hasta la fecha. Podeis figuraros que en todo este tiempo ha pasado mucho sobre nosotros. El Sr. de Chamisso estaba en aquel tiempo muy melancólico, por lo que me figuro que debe haberle sucedido alguna cosa muy triste. Para distraerse un poco nos venimos á Berlin, donde estudió las ciencias naturales tres años consecutivos. Entónces mandó el conde Romanoff una expedicion en el buque *Rurik* al estrecho de Behring, bajo el mando del capitán Oton de Kotzebue, para descubrir un paso por el Norte. Mi amo fué nombrado miembro de la comision científica que acompañó esta expedicion. El viaje duró tres años; en 1818 volvimos, pero poco faltó para que no hubiéramos vuelto.

—¿Por qué?

—Los habitantes de una isla quisieron hacer su rey al Sr. de Chamisso; pero éste no aceptó. Su corazón anhelaba la vuelta á la patria. Ahora vivimos tranquilamente en Berlin, ocupados con el estudio de la botánica y haciendo versos de cuando en cuando.

—Pero mi apreciable Sr. Schirmer, ¿qué tiene que hacer todo esto con el 1º de Julio?

—Casi se me había olvidado. En los diez y siete años..... durante todo el viaje..... aquí y en cualquiera parte..... durante todo este tiempo, llegando el 1º de Julio, se pone el Sr. de Chamisso melancólico y taciturno. La noche del 1º al 2, la pasa siempre encerrado en su cuarto y en vela. Frecuentemente le ví gemir y suspirar, y á la mañana siguiente amanece siempre pálido como la muerte.

—¿Y por qué? preguntó el copiadador. Le tengo compasión al pobre Sr. de Chamisso.

—¿Por qué? contestó Schirmer. No puedo decíroslo porque..... yo mismo no lo sé. Supongo que debe tener relacion con lo que le aconteció hace hoy diez y siete años, y que le ocasionó una enfermedad tan grave.

—¡Cosa singular! dijo Pottgiesser, comenzando á copiar los dos poemas.

Y despues de haber hecho la copia salió de la casa, y á causa del calor sofocante que hacia, no dejó de humedecer un poco la garganta con algunas copas de vino.

Chamisso llegó muy tarde aquella noche á su casa. Tenia en efecto el semblante muy pálido, y sus facciones expresaban un profundo dolor. Tambien esa noche se encerró. tambien esa vez le oyó gemir el fiel criado... tambien la pasó en vela sumergido en dolorosos recuerdos!

A la mañana siguiente, despues de haber salido Chamisso, entró Schirmer en su estudio y encontró un nuevo poema sobre la mesa de escribir de su amo.

—Me lo esperaba, dijo Schirmer.

El poema era el siguiente:

Lass ruh'n die Todten.

Es ragt ein altes Gemäuer
Hervor aus Waldesnacht,
Wohl standen Klöster und Burgen
Einst dort in herrlicher Pracht.

Es liegen im kühlen Grunde
Behauene Steine gereiht:
Dort schlummern die Frommen, die Starken,
Die Mächt'gen der alten Zeit.

*Was kommst Du bei nächtlicher Weile
Durchwühlen das alte Gestein?
Und förderst herauf aus den Gräbern.
Nur Staub und Todtengebein?!*

Unmächtiger Sohn der Stunde!
Das ist der Zeiten Lauf:
*Lass ruh'n, lass ruh'n die Todten,
Du weckst sie mit Klagen nicht auf!!*

¡DEJAD DESCANSAR A LOS MUERTOS!

«En lo mas espeso del bosque asoman unas antiguas ruinas, restos de castillos y conventos, que un dia ostentaron allí su magnificencia.

«Yacen en lo sombrío de la barranca hileras de piedras labradas; allí duermen los virtuosos, los fuertes y los poderosos de tiempos remotos.

«¿Qué vienes á buscar en la oscuridad de la noche, sacando de las tumbas solamente, polvo y huesos de muerto?

«¡Impotente hijo de la hora! Este es el curso de los tiempos; deja descansar á los muertos, pues jamas podras despertarlos con gemidos!

CAPITULO IX.

Grande y feliz.

Lo que Alejandro de Humboldt habia deseado hacia tantos años, se le cumplió al fin: el destino le habia vuelto á unir con su hermano Guillermo y la familia de este; podian disfrutar entrambos, con un anhelo igualmente noble é intelectual una vida tranquila y sumamente feliz.

No el favor de los soberanos, no el deseo de su amigo el rey de Prusia, ni la vanidad ó el orgullo, habian sido lo que determinaron á Alejandro de Humboldt á cambiar su residencia de Paris por la de Berlin. El deseo del rey, que estimaba las ciencias en la persona de Humboldt,